

EL MOBILIARIO EN EL ÁMBITO DOMÉSTICO DE LA ALTA SOCIEDAD HABANERA DEL SIGLO XIX

THE FURNITURE IN THE DOMESTIC CONTEXT OF THE 19th CENTURY'S HIGH
SOCIETY IN HAVANA

Indira Carrillo Álvarez*
Museo de Arte Colonial de La Habana, Cuba

Resumen

El análisis del mueble en las diversas estancias del hogar de la alta sociedad habanera del siglo XIX procura, desde esta expresión de la cultura material, la aproximación a la dinámica de la vida cotidiana. Se proponen vínculos entre dicho mobiliario y aspectos contextuales, se marcan pautas sobre el comportamiento del mueble y se comenta la relación de estos bienes con las costumbres en el período. La literatura de viajes, estudios actuales y las piezas que se exhiben en las salas ambientadas de museos habaneros, han contribuido a perfilar el desarrollo del mobiliario en los espacios domésticos. En el siglo XIX se constata una amplia variedad de tipos de muebles, influencias estilísticas y culturales, riqueza de técnicas y materiales, así como un importante desarrollo de casas productoras y expendedoras de estas piezas que reflejan una etapa de consolidación y prosperidad en el moblaje.

Palabras clave: mobiliario, siglo XIX, La Habana, salas ambientadas, costumbres

Abstract

The furniture's analysis of the Havana nineteenth-century's high society houses, endeavors, through this expression of material culture, the rapprochement to every day's life dynamics. Some links were proposed between these furniture and contextual aspects, also there were established some guidelines about the furniture's behavior and was commented the connection between these items and the customs of the period. Travel literature, current studies and the pieces that are in exhibition in the period rooms of Havana's museums, have contributed on shaping the development of furniture in different domestic contexts. There can be verified several kinds of furniture, materials, stylistic and cultural influences and different techniques. At the same time, there was an important development of production and selling companies of this pieces, that show a solid and prosperity stage at the furnishings.

Keywords: furniture, 19th century, Havana, period rooms, customs

1. Introducción

El universo material de la vida doméstica se revela vasto y complejo en épocas pasadas. El mobiliario se encuentra entre los bienes componentes de esos escenarios del hogar, que presentan valores intrínsecos desde el punto de vista artístico y, a su vez, ostentan un valor añadido por contribuir a discernir el contexto en el que se insertaron; así como los modos de vida, las tendencias en el gusto estético y las costumbres de los sujetos que habitaron dichas estancias. El presente documento deriva de la investigación de Maestría, realizada en torno al estudio del mueble en el dormitorio de la alta sociedad habanera a través de colecciones museales, y se suma a la empresa de transmitir los valores histórico-artísticos propios y agregados que poseen los objetos. En particular, se trata de los muebles en las residencias de los estratos de mayor poder económico del siglo XIX habanero, por ser La Habana ciudad portuaria y capital de Cuba desde otrora y, por tanto, constituir un escenario privilegiado para el intercambio mercantil y el florecimiento económico de la urbe y los interiores de sus moradas.

Los antiguos espacios de sociabilidad y privacidad del entorno doméstico habanero pueden ser apreciados en la actualidad mediante la modalidad de sala ambientada en museos del territorio, como el Museo de Arte Colonial, el Museo de la Ciudad, la Casa de la Obra Pía y el Museo Municipal de Guanabacoa.¹ Estas decoraciones suelen sustentarse en las descripciones y datos que aparecen en fuentes documentales procedentes de la centuria objeto de estudio. Investigaciones posteriores también reflejan la riqueza material que en términos socioeconómicos habían alcanzado la nobleza y la burguesía en el período, de la cual no quedaba exento el moblaje. Queda planteada así la siguiente hipótesis: El mobiliario de las altas clases sociales habaneras durante el siglo XIX evidencia un período de esplendor en el moblaje, que se expresa, tanto en aspectos inherentes a las piezas, léase materiales, técnicas, adaptaciones de estilos foráneos y tipos de muebles, como en el desarrollo alcanzado respecto a la producción, comercialización y diálogo con las costumbres domésticas que se desarrollaron en la etapa.

De modo que, para lograr una visión integral e interrelacionada del mueble *per se* con sus condicionantes de época y las prácticas habituales que los generaron, se estimó oportuna la revisión de un cuerpo documental que incluye las crónicas de viajeros, la novela costumbrista, los testamentos, tasaciones y fotografías del período, que revelan desde las características de la arquitectura y la disposición de los muebles en su interior, hasta costumbres, materiales, valor económico de los bienes y decoración de las habitaciones del hogar.

Viajeros franceses como Hippolyte Piron y Rosemond de Beauvallon, el artista inglés Walter Goodman, el naturalista Francis Robert Jameson, el norteamericano Samuel Hazard y María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo -afamada Condesa de Merlín- reflejaron en las memorias de sus viajes el acontecer de la vida privada en diversas regiones de Cuba, entre muchos otros temas. Por otra parte, dentro de la novela costumbrista, resulta ineludible la referencia a la obra *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde, cuya

narración se desarrolla en La Habana y donde destaca el verismo de los escenarios, declarado por el escritor en el prólogo.

Respecto a las investigaciones con carácter científico referidas al mobiliario, es válido destacar a la estudiosa cubana Anita Arroyo, pionera en conferirle interés investigativo a esta manifestación en la Isla a partir del análisis que realiza en su libro sobre las artes industriales en Cuba. Otros autores cubanos y foráneos² se han adentrado en este universo ofreciendo enfoques locales a partir de exponentes conservados en provincias como Santiago de Cuba, Cienfuegos,³ Sancti Spíritus o en la capital de Cuba. En general, los estudios suelen atender uno de los dos grandes grupos de muebles: los de uso doméstico o los de uso religioso, e inclusive, profundizar en algún mueble en particular, como es el caso de las cómodas de sacristía.

Así, el análisis de las fuentes bibliográficas, la observación científica —tanto en el plano documental como físico— de las piezas, y los criterios museográficos considerados en diferentes salas ambientadas de museos de la capital, contribuyeron a esclarecer el panorama sobre el mueble en La Habana del siglo XIX. El presente estudio tiene por objetivo, con una visión integral, evaluar el comportamiento del mueble en el ámbito doméstico del siglo XIX habanero asociado a grupos sociales de mayor poder económico, en relación con los rasgos formales y funcionales de las piezas, su producción y mercantilización, así como por el vínculo que establecieron con las costumbres de la etapa.

Se utilizaron pues, el método histórico-lógico por la necesidad de organizar cronológicamente los acontecimientos que repercutieron en el desarrollo del mobiliario; el histórico-artístico, ya que en la interrelación de ambos pilares se sustenta el estudio; y como técnica también fue valorada la entrevista a expertos⁴ en la materia por las informaciones aportadas.

2. Escenario propicio para el desarrollo de la ebanistería

La riqueza maderable de Cuba fue uno de los atributos que identificaron los colonizadores desde los primeros asentamientos en la villa. En palabras de José María de la Torre:

“Los bosques de Cuba son frondosos y sus árboles de una construcción extraña para el europeo. La seiba es el gigante de ellos, y aunque la madera es inútil, sus brazos y follaje son bellos y pintorescos, el refugio más precioso contra los ardientes rayos de un sol abrasador. La fornida caoba, el elevado cedro, el ébano, el granadillo, el majestuoso coco, el guayacán, el ácana, el rompe-hacha, el coposo tamarindo, etc., son leños hermosos, de valor ó de utilidad que por todos lados abundan y que en todos terrenos vejetan con majestad y lozanía.”⁵

Esta impresión general sobre el reino vegetal que crecía en bosques cubanos presenta una descripción pormenorizada en *Cuadro estadístico de la Siempre fiel Isla de Cuba correspondiente al año de 1827* y en otros posteriores donde quedan definidas las maderas preciosas, las maderas de construcción y las plantas frutales, entre otras variedades que crecían en territorio insular.⁶

Específicamente, en el caso de La Habana, existen referencias de los espesos montes que cubrían originalmente casi todo el territorio. De estos, desde el siglo XVI se extraía para uso interno gran cantidad de maderas para emplearla en los astilleros, en la arquitectura y en el mobiliario; al tiempo que significativas cantidades eran trasladadas a España con fines similares. Como refleja Emilio Roig en sus *Apuntes históricos*, desde 1552 se expresó en Actas Capitulares la prohibición de la tala de los montes de la villa a forasteros de manera indiscriminada, permitiéndose solo el corte de madera indispensable, previa licencia del Cabildo.

Igualmente, estas medidas también se dirigían a la protección de la ciudad del ataque de corsarios. Quedó pues en la segunda mitad del siglo XVI, “vedado” radicarse en ese territorio, y tampoco se permitió fomentar el establecimiento de caminos o soluciones urbanísticas de algún tipo. Disposiciones que con el transcurso del tiempo se fueron atenuando.⁷

Asimismo, el trabajo realizado en los astilleros desde el siglo XVI y hasta mediados de la centuria siguiente en La Habana —retomado en 1725 con la creación del Real Astillero o Arsenal en la ciudad— permite conocer sobre la riqueza maderera y sobre el sistema para la construcción de navíos. Desde entonces existían las herramientas y un personal técnico que dominaba el oficio de la madera. Este grupo asociado al puerto, contaba con máquinas para aserrar maderos, sabía cómo cortarlos y ensamblarlos.

De manera que en La Habana se verifica tanto la materia prima como algunos medios y artesanos que pudieron estar vinculados al desarrollo del mobiliario en las diferentes etapas de la Colonia. Censos y directorios comerciales del siglo XIX arrojan cifras que evidencian una etapa de esplendor para el desarrollo de la producción y comercialización de los muebles. Así, el Departamento Occidental en 1827 contaba con 46 almacenes de madera, una fábrica de espejos, 14 tiendas de muebles, 18 tornerías y, específicamente dentro de la ciudad de la Habana y su jurisdicción, se localizaban 236 carpinterías.⁸

Para el año 1846 entre los “Destinos y oficios que ejercen las 40.431 personas blancas y las 19.338 de color libres que existen en la Habana y sus barrios extramuros desde la edad de 15 años arriba”⁹ se registra un total de 1.592 carpinteros, así como 83 carpinterías, 11 almacenes de madera y 19 tiendas de muebles en el Departamento Occidental. Además, ya en el *Directorio de Artes, Comercio e Industrias de La Habana 1859*, se conocen los propietarios y direcciones de más de un centenar de carpinterías y aproximadamente setenta establecimientos dedicados a mueblerías y ebanisterías [Fig. 1].

Mueblerías y Ebanisterías.	
Atriche, Tomás, Habana 163 y 61.	Bobadilla, Jacobo, Habana 62.
Arrige, Tomás, id. 61.	Comitre, Antonio, Obispo.
Arnal, Felipe, Sol 27.	Cabellos y comp ^a , Florerzio, Galeano 101.
Amiga, Pedro G., Amargura 21.	Campos, Valentin, Reina 60.
Andreu y Cp., Sres. Bernaza.	Comido, Vicente, Salud 3.
Antechí y comp ^a , Morro.	Campos, Mariano, Tte. Rey 27.
Blances, Pablo, Obispo 43.	Comalada, Consulado (Cerro).
Buscana, Antonio, J. del Monte 141.	Castor, Victor, Vives 75.
Bedoya, José, Obispo 33.	
Chirino, Cayetano, Dragones 45.	Meridiano, Francisco, Consulado.
Cintas, Jaime, Villegas 73.	Mones y comp., Habana 179.
Domas, Carlos, Galeano 22 y 35.	Mones, y comp., Aguiar 34.
Descendier, Galeano 90.	Medero, José María, Galeano 96.
Dos Hermanos, id. 122.	Martinez, Rafael, Dragones 72.
Echevarría, José María, Galeano 92.	Martinez, Cristóbal, Egido 48.
Figueras, Juan, Neptuno 32.	Noé, Arca de, Galeano 124.
Fornells, Antonio, S. Ignacio 70.	Olivares, Francisco, Sol 115.
Ginar, Gabriel, Aguacate 84.	Pinzon, Clemente, Riela 27.
Gonzalez, Patricio, Blanco.	Perez, José, Tte. Rey 77.
Gonzalez, Mariano, Habana 172 y 58.	Roca, Francisco, Amistad.
Gonzalez, Mariano, id. 58.	Rodriguez, Antonio, C. Monte 102.
Gonzalez, Mariano, Villegas 41.	Runaga y comp., S., San Miguel 66.
Gonzalez, Mariano, Tte. Rey 37.	Roselló, Antonio, Aguiar 3 ^a Orden de S. Agustin.
Gonzalez, Mariano, Prado 51.	Roca, Rafael, C. de San Lázaro.
Gutierrez, Francisco, Curazao 37.	Senarens, Luis, Obispo 124½.
García, Bartolomé, Bernaza 116.	Sanchez, Miguel, Lamparilla 80.
Hevia, Gaspar, Compostela 164.	Sabana, Juan, Compostela 128
Iglesia, Mateo, Bernaza 94.	Serra y Cp., Sres., Escobar.
Iglesias Mateo, Reina 7.	Tejedor, Juan, Galeano 30½.
Lanza, Nemesio, Villegas 101.	Torres, Juan, Colon.
Leal, Florentino, Corrales 6.	Urquiaga, Pedro, Habana 184.
Landrian, Blen, O-Reilly 80.	Urrea, José María, Villegas 50.
Lopez, Eduardo, Amistad 104.	Urcade, Pedro, Galeano.
Mazo, Antonio, Aguila 29.	Vazquez, Andrés, id. 117.
Montanes, Pedro, Amistad.	Zerpa, Tomás, Cuba 88.
Montané, Pedro, Concordia.	

Fig. 1. Listado de propietarios y direcciones de las mueblerías y ebanisterías localizadas en La Habana en 1859. Fuente: Anónimo, *Directorio de Artes, Comercio e Industrias de La Habana 1859*, Habana, Imprenta de Graupera, 1859, pp. 43-44

Tres años después se registraban en La Habana 15 almacenes de maderas y losas, 157 carpinterías y 55 mueblerías y ebanisterías.¹⁰ Cifras que, junto a los anuncios comerciales sobre el tema que emitían publicaciones hasta las últimas décadas del siglo XIX [Fig. 2-4], evidencian los avances alcanzados en términos productivos y respecto a la variedad de ofertas para su comercialización. Se enuncian pues, diversos materiales, tipos de muebles, procedencia foránea o local, piezas finas o corrientes; todo en dependencia del poder adquisitivo del cliente. De modo que, estos comercios situados en La Habana constituían una opción a considerar, tanto por los altos estratos de la sociedad, como por la clase media para obtener estos bienes.

GRAN MUEBLERIA PARA TODOS
Calzada del Monte núm. 47 frente al Campo de Marte
DE A. ARMENTEROS.

El dueño de este establecimiento se propone reorganizar las existencias. No reparando en precios.

BBB

Y quiere vender á todo trance.
 Hay muebles de todas clases.
 Para los pobres y los ricos.
 Escaparates de caoba, palisandro con paisajes, de
 otros menos lujosos, ajuares de sala á lo Luis XVI, muebles para comedor, hermosísimas camas, mesas de roble, meple, caoba, etc., de maderas riquísimas del país y de fuera de la Isla, fabricadas en el taller de la casa con juegos de dibujos artísticos de mucho gusto.

NECESITA DINERO, DINERO, DINERO.

REGALOS PARA NOVIAS ESPECIALISIMOS.

Fig. 2. Anuncio de la Gran Mueblería BBB de A. Armenteros. Fuente: *El Figaro. Periódico de Literatura, Artes y Sport*, no. 38, Habana, 17 de octubre de 1886, p. 12

MUEBLERIA FRANCESA.
TALLER DE CARPINTERIA EN GENERAL.
GRAN DEPOSITO DE MUEBLES DEL PAIS Y DEL EXTRANJERO.
ELEGANCIA Y BUEN GUSTO.—PRECIOS MODICOS.
DE J. HOURCADE Y COMP^a
TALLER: CONCORDIA 25½.—HABANA.

Se venden muebles nuevos y usados de todas clases. Se compran muebles de uso en grandes y pequeñas partidas. Se venden muebles en comisión por cuenta de sus dueños. Especialidad en la fabricación de muebles finos de caoba, nogal, palisandro, fresno, madera negra, etc., etc. Se limpian, componen, barnizan y enrejillan muebles de todas clases.

Fig. 3. Anuncio de Mueblería Francesa y Taller perteneciente a J. Hourcade y Comp^a. Fuente: *El Figaro. Periódico de Literatura, Artes y Sport*, no. 44, Habana, 28 de diciembre de 1886, p. 4

* EL FIGARO *

LA BARCELONESA
 Gran Almacén de Muebles
 (ANTIGUA DE RIGOL.) HOY DE GARCIA, OSTOLAZA Y COMPAÑIA

Calzada de Galiano 89, 91 y 93.

Reorganizada esta casa bajo la dirección de su antiguo socio D. Andrés Durán, sus hermosos almacenes están surtidos de lo mejor, más nuevo y más elegante en el ramo.

Muebles de todas clases y todos estilos, de las más selectas y apreciadas maderas: palisandro, roble, nogal majagua, etc.

Todos los trabajos de LA BARCELONESA son obra de ebanistas inteligentes y meritísimos.



LA BARCELONESA
 GALIANO 89, 91 Y 93.

Fig. 4. Anuncio del Gran Almacén de Muebles La Barcelonesa de García, Ostolaza y Compañía. Fuente: *El Figaro. Periódico Artístico y Literario*, no. 8, Habana, 27 de febrero de 1898, s.p.

3. El mueble en los recintos domésticos de La Habana decimonónica

Esta riqueza en el moblaje se expresó sobre todo en las moradas de los altos estratos sociales que conocían del acontecer y las modas internacionales, contaban con los recursos económicos para costearse un mobiliario de estilo, y poseían el espacio físico para contenerlos. De modo que la arquitectura de las clases privilegiadas consistía en edificaciones sólidas, generalmente de dos niveles desde el siglo XVIII, con patio, zaguán, así como amplios y numerosos espacios que, en la medida de las exigencias de la vida en sociedad y de los propios requerimientos de la familia, se iban adaptando a los diferentes usos. El ámbito doméstico en comparación con etapas precedentes¹¹ se fue enriqueciendo no solo en cuanto a las condiciones físicas de los inmuebles y las funciones de las diferentes piezas de la vivienda; sino también, en relación con el mobiliario que integraba y definía las distintas habitaciones del hogar y, además, contribuía a justipreciar el linaje de la familia que lo atesoraba.

De manera que la sobriedad, sencillez o escasez de muebles de períodos anteriores;¹² se traduce progresivamente durante el siglo XIX en decoraciones pléticas de objetos de artes plásticas y decorativas de disímiles procedencias, que se exhibían en los espacios de legitimación social.

Los muebles, como integrantes de las artes decorativas, también aumentaron significativamente, se diversificaron en las estancias del hogar y se adaptaron a las condiciones climáticas. De ahí el predominio del empleo de la rejilla en gran parte de la sillería que actualmente se conserva en salas ambientadas de museos del territorio y otras regiones de Cuba. En los escenarios domésticos del XIX, vivieron su esplendor los juegos o conjuntos de sala [Fig. 5], los cuales podían comprender sillas, un sofá, butacas -en algunos contextos denominadas sillones o sillas con brazos-, escabeles cual pequeñas banquetas para apoyar los pies, consolas con espejo, mesas de centro, esquineras, otras auxiliares, y las conocidas como mecedoras o balances en la región oriental y que identificamos con los sillones en Occidente.

MUEBLERIA
DE LA
Viuda de Nemesio Pérez,

Surtido general de muebles finos del país y del extranjero, al alcance de todas las fortunas á precios sumamente módicos.

TALLER.

La casa tiene montado un taller en el cual y á satisfacción del interesado se hacen juegos de sala, de cuarto y comedor y cualquier otro mueble, y lo que es más, á precios arreglados.

BERNAZA, NS 39 Y 41,
Correos: Apartado núm. 619.

Fig. 5. Mención a la producción de juegos de muebles en la Mueblería y Taller de la viuda de Nemesio Pérez. Fuente: *El Hogar. Semanario ilustrado de las familias*, no. 53, Habana, 30 de diciembre de 1888, p. 12

De forma que la necesidad de uso que históricamente ha dado origen a los distintos tipos de muebles, y a sus variaciones en dependencia de factores locales como puede ser el climático; se complementa también en esta zona del orbe con otra menos perentoria, pero de equiparable importancia: la necesidad de reconocimiento o validación social inherente a las altas capas de la sociedad.

De ahí que las estancias del hogar más visitadas, como es el caso de los salones y comedores [Fig. 6], sean los espacios de mayor opulencia en el hogar; aunque existía la costumbre de reservar el comedor para banquetes excepcionales, y realizar las comidas habituales en las zonas de galerías más favorecidas por su ventilación.



Fig. 6. Anónimo, Casa de los Marqueses de Balboa, La Habana, siglo XIX. Fuente: Fototeca Histórica de la Oficina del Historiador de La Habana (OHC)

No obstante, en los comedores se despliegan las mesitas de servicio, los aparadores esquineros, armarios vitrinas, coperos y tinajeros, entre otros muebles. Los dos últimos constituyen según Anita Arroyo, junto a la variante cubana del taburete, aportaciones del contexto insular a la historia del mueble.¹³ Por otra parte, la conocida saleta de esa centuria en la región oriental, en los museos habaneros se asocia con los gabinetes,¹⁴ un espacio más pequeño y acogedor que podía funcionar para las labores de aguja de las damas, el reposo, el ocio y el recibo de visitantes más cercanos a la familia.

En estos espacios podían encontrarse, además de los muebles de sillería, mesitas plegables para los servicios de té o café, mesas para juegos como el ajedrez, y los jugueteros cual muebles con varias repisas expositores de disímiles piezas de artes decorativas que embellecían y amenizaban el espacio.

Algunos hogares contaban también con capillas [Fig. 7], las cuales contenían estampas religiosas y muebles afines a la liturgia, dada la acendrada religiosidad católica de la alta sociedad.



Fig. 7. Foto de la autora. Capilla ambientada a la usanza de la etapa colonial en el sitio donde estuvo ese recinto en la Casa de la Obra Pía, La Habana, 2019

En este sentido, se destacan las cómodas de sacristía por la complejidad de sus elaboradas formas de inspiración barroca, con patas de pergamino y cajones de grandes dimensiones. Realizadas generalmente en caoba (*Swietenia mahagoni*) con interiores de cedro (*Cedrela odorata*), proliferaron en Cuba a partir del siglo XVIII en las iglesias, posteriormente incorporándose al entorno doméstico¹⁵, colocadas adosadas a la pared. También pueden citarse, entre los muebles de uso religioso que se vincularon a la arquitectura residencial, el reclinatorio ubicado en línea ascendente con alguna imagen de culto y, cercanas a este, las sillitas de iglesia, de misa o sillitas reclinatorio como también se les conoce por sus pequeñas dimensiones apropiadas para la oración. Este rasgo morfológico, junto a la representación de algún motivo religioso y las incrustaciones de finos materiales como el nácar, permite identificarlas. A su vez, es recurrente la incorporación de *papier mâché* en este tipo de mueble, material que confería ligereza a la pieza destinada a ser trasladada por la servidumbre cuando las señoras asistían a los oficios religiosos.¹⁶

En el caso de las viviendas que no contaban con capillas, el dormitorio [Fig. 8] podía suplir ese espacio de recogimiento espiritual y devoción. Podría decirse que estas habitaciones constituían los espacios más auténticos de la casa, en tanto personalizados según los gustos, costumbres y necesidades privadas de sus usuarios.



Fig. 8. Anónimo. Dormitorio de casa no identificada, 2^{da} mitad del siglo XIX
Fuente: Fototeca Histórica de la OHC

Era el recinto amparado un tanto de los cánones que marcaban la moda y los estilos en otros espacios privados propicios para el intercambio social, tales como los salones y los comedores. Se trataba de un lugar en el que se expresaban los cambios; pero también era contenedor de lo perdurable, de lo heredado, de aquel objeto o mueble que gusta, es útil y, por estar en la privacidad de la habitación de la dama o del señor, no tiene que ser sustituido. Generalmente constaba de un juego de cuarto integrado por la cama, una o dos mesitas de noche,¹⁷ el mueble lavabo y la cómoda con espejo o el mueble tocador. Otros muebles presentes en este recinto eran el armario, la comadrita o mecedora pequeña sin reposabrazos para mecer al bebé y realizar las labores de aguja que todas las mujeres debían dominar; así como las sillitas de iglesia y los reclinatorios por la arraigada fe católica.

Mención aparte merece en este espacio un mueble del que no han quedado vestigios físicos, mas es mencionado en numerosos testamentos, en pasajes de la literatura de viajes y la novela costumbrista: el catre.¹⁸ Lo comenta pues la Condesa de Merlín en el siguiente fragmento:

“...Los cuartos de dormir son tan vastos como los salones; en el mismo orden y no se distinguen, por la mayor parte de aquellos, sino en el ornato de una cama ricamente colgada, y de la cual se sirve rara vez. Este es un mueble de respeto reservado para las grandes ocasiones. Por las noches se tiende en medio del cuarto una modesta cama, o catre de lienzo, sin colchones, y, suavemente acostados en ellas, cubiertos con mucha ligereza, se duermen con las ventanas abiertas, a la claridad de la luna o las estrellas.”¹⁹

También en la novela *Cecilia Valdés*, Villaverde corrobora la existencia de este mueble cuando menciona:

“Esa escalera comunicaba con las habitaciones altas, compuestas de dos piezas: la primera que hacía de antesala, tan grande como el zaguán; la segunda, todavía mayor, como que tenía las mismas dimensiones que los escritorios sobre los cuales estaba construida y servía de dormitorio y estudio. Con efecto, los muebles principales que la llenaban casi, eran una cama o catre de armadura de caoba, cubierto con un mosquitero de rengue azul, un armario de aquella propia madera, un casaquero o percha de lo mismo, un sofá negro de cerda, unas cuantas sillas con asiento de paja, una mesa a modo de bufete, y una butaca campechana.”²⁰

De modo que la riqueza documental de estos textos es tal que, en ocasiones, tan solo en unas líneas se alude a la visión de conjunto con la referencia a diversos muebles, la mención de materiales, las características de los espacios y las costumbres asociadas a estos.

4. Una aproximación al mueble desde las influencias estilísticas

En el siglo XIX cubano se suceden y confluyen en el mobiliario diversos estilos y obras internacionales de autor. Desde las primeras etapas de la Colonia predominaron las importaciones y luego se realizaron copias y adaptaciones en la Isla de los estilos foráneos. La centuria debutó vistiendo los salones con el estilo Imperio, todavía hoy con una fuerte presencia en colecciones de museos santiagueros, trinitarios y habaneros. En los ejemplares son apreciables desde aquellos estéticamente más próximos al original Imperio francés con líneas más rectas, escala monumental e incorporación de motivos decorativos como los estilizados cisnes, característicos del Neoclasicismo; hasta aquellos cercanos a la interpretación norteamericana de este estilo -con referente en el estilo Imperio inglés-, a base de soluciones formales más ligeras, sobrias y predominio de líneas curvas.

Respecto a las producciones en los Estados Unidos, se relacionan dos autores foráneos radicados allí que, dentro del llamado Imperio norteamericano, encarnan las variantes más generalizadas: el escocés Duncan Phyfe (1768-1854), propenso a la estética del Imperio inglés, y el francés Charles-Honoré Lannuier (1779-1819) con mayor profusión de motivos clásicos franceses en la ornamentación.²¹

En Cuba, la marcada influencia norteamericana en la región occidental derivó en que el denominado Imperio cubano que se desarrolló en estas tierras, tenga más similitudes con la interpretación norteamericana; aunque también tiene puntos de contacto con el mueble Imperio francés y Restauración francesa.²² Algunos de los patrones que se reiteran en la variante cubana son: las patas sin ornamentación, las delanteras en forma de cabriolé y las traseras en forma de sable, los reposabrazos con terminales en volutas, espirales, e incluso formas acampanadas, la ausencia de aplicaciones en bronce dorados, la escala humanizada de las piezas, y la rejilla en todos los asientos y en respaldos de algunos ejemplares, pues otros presentan motivos figurativos como liras, ánforas, y similares de ascendencia clásica, e incluso, a veces contemplan trabajos en marquetería alusivos al rango de sus propietarios [Fig. 9-11].



Fig. 9. Silla Imperio cubano con corona de conde trabajada mediante la técnica de la marquetería sobre el motivo de la lira. Fuente: Col. Museo de Arte Colonial



Fig. 10. Butaca Imperio cubano con reposabrazos terminados en volutas y ánfora sugerida en el respaldo. Fuente: Col. Museo de Arte Colonial



Fig. 11. Sillón o mecedora Imperio cubano con reposabrazos terminados en formas acampanadas. Fuente: Col. Museo de Arte Colonial

Respecto a la rejilla, aunque es un elemento que también incorporan algunos muebles norteamericanos a diferencia de los ricos tapizados europeos, en el caso del Imperio cubano es una constante acorde con las exigencias del clima tropical. Asimismo, en cuanto a materiales, la caoba fue privilegiada en las producciones del Imperio francés, aunque también se hicieron imitaciones de esta y se utilizaron otras como el ébano (*Diospyros ebenum*) y el palo de rosa (*Aniba rosaeodora*).²³ Sin embargo, las piezas Imperio cubano sí manifiestan la preeminencia de la caoba y en raras ocasiones el cedro. Ambas maderas eran abundantes en la Isla, más resistentes a la humedad, las plagas y, específicamente en el caso de la caoba, muy apropiada para la gama de sillería por su solidez.

Otro de los estilos que gozó de acogida en la Isla fue la interpretación cubana del estilo francés Luis XV [Fig. 12 y 13], identificada popularmente en Cuba como mueble Medallón en alusión a la forma ovalada de su respaldo. Sobre esta variante cubana Anita Arroyo da fe de la predilección que manifestaba la sociedad colonial, existiendo numerosos juegos de sala. Criterio que, a la luz del tiempo, corrobora el restaurador y estudioso Javier León al declarar que es la variante estilística más recurrente en museos del país y considerarla “expresión de la identidad nacional decimonónica”.²⁴



Fig. 12. Butaca estilo Luis XV. Col. Museo Voulard, Aviñón. Fuente: ROUSSEAU, Francis, *El Gran Libro de los Muebles. Estilos del siglo XVI al XX*, Barcelona, España, EDITORS S.A., 2000, p. 64



Fig. 13. Butaca con doble Medallón y motivos vegetales en su decoración. Col. Museo de Arte Colonial

La utilización de la rejilla en el asiento y su incorporación frecuente en el respaldo, los motivos florales y vegetales en el cornisamento, y las curvas necesarias en contornos y estructuras para favorecer la comodidad del usuario y gracilidad de los ejemplares, fueron de las características que influyeron en la popularidad del Medallón en la alta sociedad habanera. Se trata de piezas que, al igual que sucede con otros muebles de la época, tienen distintos orígenes. En este caso, existen piezas importadas de los Estados Unidos realizadas en maderas ajenas como el palo de rosa, y con una profusión de talla en altorrelieve que denota su origen industrial. Otras son de hechura local artesanal, verificable en los exponentes de cedro y caoba con talla en hueco y bajorrelieve, cuyas estructuras evidencian soluciones menos complejas; y existe un patrón híbrido que integra partes realizadas en la Isla artesanalmente y otras de producción industrial norteamericana.²⁵

El otro gran momento del mobiliario decimonónico que abarcaría desde el último tercio de la centuria y hasta las primeras décadas del XX fue el identificado en el contexto cubano por la expresión ecléctica del popular mueble Perilla o Perillita. Al igual que sucede en el caso del Medallón, fue un calificativo devenido de uno de sus componentes formales, en este particular, hace referencia a los motivos torneados que coronan los extremos del respaldo, remates de espejos, de armarios, y que se reiteran con carácter ornamental en otras partes de estos muebles.

El mueble Perilla, en sus diversas soluciones estéticas y tipológicas analizadas exhaustivamente por Anita Arroyo, constituye entonces la interpretación cubana del Luis XIV francés y que, al abarcar parte de la etapa republicana y evidenciar una incipiente producción industrial en algunos de sus componentes, fue un mobiliario más asequible a otros estratos de la sociedad y se producían en conjuntos o juegos para las diferentes estancias del hogar -dormitorio, comedor, sala.²⁶ Estos conjuntos, afortunadamente hoy día todavía pueden apreciarse fundamentalmente en viviendas trinitarias y existen ejemplares también en museos de La Habana [Fig. 14].²⁷



Fig. 14 Anónimo. Dormitorio ambientado a la usanza de finales del siglo XIX con muebles Perilla en el Museo Municipal de Guanabacoa, La Habana, s.f. Fuente: Archivo institucional

Además, el siglo XIX contó con una importante introducción de muebles procedentes de los Estados Unidos, entre los que se encuentran las conocidas sillitas americanas, de formas comedidas y ligeras, dentro de las que destacan las sillas Windsor. La denominación alude al castillo de Windsor en Inglaterra donde se originó, entre 1700 y 1725, un: “Determinado tipo de sillas de respaldo curvo y asiento de junco o de madera sólida en el cual están directamente clavadas las patas, en lugar de estar unidas a un marco con un faldón”.²⁸ Estos ejemplares fueron perfeccionados por los colonizadores americanos en Filadelfia luego de 1725. Las elaboraciones se lograban con maderas locales como, nogal americano (*Juglans nigra*), fresno (*Fraxinus uhdei*), abedul (*Betula verrucosa*), pino (*Pinus*) y haya (*Fagus sylvatica*), derivando en soluciones ligeras y confortables que llegaron a convertirse en la segunda mitad del siglo XVIII en asientos de uso socorrido.

Otras piezas de procedencia norteamericana que arribaron a la Isla, gracias a la proximidad geográfica e importante intercambio comercial que existía con este territorio, son los conjuntos de salón del ebanista de origen alemán, radicado en Nueva York, John Henry Belter (1804-1863).²⁹ Este ebanista, inspirado en el estilo Rococó, realizó piezas en palisandro (*Dalbergia cearensis*) y nogal (*Juglans regia*) tapizadas en sedas y damascos, con el predominio de líneas sinuosas y profusión en la talla de motivos decorativos entre los que se hallan aves, flores y frutas. La solución de los distintos motivos a partir del contrachapado contribuye a potenciar la volumetría de la ornamentación. Así, entre sus méritos se halla el profundo estudio de técnicas de ensamblaje de la madera, pre-encolándola y logrando al vapor estructuras muy curvadas que adquirirían la forma deseada en moldes, llegando a utilizar más de seis capas en el laminado. Sus muebles, además, suelen tener ruedas en las patas como recurso que contribuye a su desplazamiento.

Otro artesano ebanista de origen alemán que trascendió internacionalmente fue Michael Thonet (1796-1871). El creador radicado en Viena, presentó sus diseños en la Gran Exposición Industrial de 1851 en el *Crystal Palace* de Londres, destacándose por el perfeccionamiento de la técnica de la madera curvada al vapor con soluciones estéticas loables. Los diseños, inscritos en el estilo *Art Nouveau*, continuaron desarrollándose con éxito durante la centuria, pues potenciaban la comodidad, gracilidad y finura en las líneas, en significativo contraste con el mueble macizo de etapas anteriores, transformando así la concepción del mobiliario en la época. Las piezas, generalmente realizadas con haya, en el caso de la sillería además solían incorporar la rejilla en el asiento.

Con el transcurso de los años los muebles Thonet se propagaron por toda Europa y por los Estados Unidos de América, arribando e imitándose también en Cuba, donde la rejilla en asiento y respaldo de los conocidos sillones o mecedoras de Viena, y otros tipos de muebles, tuvo muy buena acogida en correspondencia con el clima. Los exponentes de Thonet se expendían en las mueblerías de la ciudad, tal cual corroboran los investigadores Vázquez y Cardet al decir: “Un anuncio comercial de 1883, de la mueblería habanera La Barcelonesa, dedicada a la venta de toda clase de muebles nacionales y extranjeros, menciona «un constante surtido de Sillería del muy acreditado fabricante Thonet»”.³⁰ En dicha propaganda también se divulga la venta de cunas frescas y camas de hierro.

De modo que la Revolución Industrial también tuvo sus ecos en la esfera del mobiliario del siglo XIX cubano, sobre todo en lo concerniente a materiales y a los modelos de muebles incorporados al escenario insular que evidenciaban la asunción de nuevas técnicas. Respecto a la introducción o profusión de algunos materiales para la conformación del mobiliario, se pueden destacar las elaboraciones en hierro, *papier mâché* y mimbre, cuya presencia se debe a ejemplares que fueron importados a la Isla y luego se imitaron o adaptaron en estas tierras. Precisamente, los muebles de mimbre serían en este panorama el colofón del siglo XIX, teniendo luego su continuidad en la centuria siguiente. Es válido acotar que, aunque por una cuestión de periodización es habitual establecer límites temporales para los

estilos, muchas de estas piezas pasaron de una generación a otra como bienes de herencia y, por tanto, ejemplares representativos de un estilo convivían con expresiones de otros. Respecto a los muebles de mimbre, generalmente se ubicaron en los corredores de las viviendas, gozaron de buena aceptación por la frescura del material y evidenciaron diversos tipos. Entre estos, se encuentran las peculiares butacas asimétricas de un solo reposabrazos, y los canapés que se aprecian en fotografías de estudio y de interiores de las postrimerías del siglo XIX y primeras décadas del XX.

5. Conclusiones

En general, el mueble en el entorno doméstico en La Habana decimonónica evidencia la tendencia al eclecticismo a partir de los *revivals*, cual soluciones estéticas nuevas cuajadas a partir de los referentes de estilos históricos. En Cuba, frecuentemente, las reinterpretaciones consisten en adaptaciones al clima tropical —aunque también se utilizaron muebles tapizados— y redundan en la comodidad y ligereza de las piezas. El denominado mueble Medallón, el mueble Perilla y las propias soluciones de John Henry Belter asimiladas en la Isla son variantes del eclecticismo que predominó en esta centuria.

Se acentúan pues las influencias europea y norteamericana en los muebles. Los exponentes se importan o copian con algunas modificaciones en territorio insular con maderas autóctonas; confluyendo así piezas foráneas, predominantemente norteamericanas, con otras locales. Los materiales y la complejidad técnica son indicadores que posibilitan la orientación respecto al origen de la pieza, pues para la segunda mitad del siglo conviven estructuras que anuncian la incorporación de la industria a la esfera del mobiliario, con otras confeccionadas artesanalmente. Las cifras estadísticas denotan un auge de carpinteros, ebanistas, y establecimientos destinados a la comercialización y almacenaje de estos bienes.

En las moradas proliferaron los muebles soporte y expositores de objetos, precisamente por la tendencia a la ostentación que se verifica para la fecha en las altas capas sociales. Los tipos de muebles responden a las diferentes estancias del hogar, a las costumbres, los requerimientos de uso y distinción de las familias. Tienen cabida en las viviendas algunos muebles de uso religioso; al tiempo que se aprecian en los espacios domésticos aportaciones cubanas como el singular tinajero. El siglo XIX fue pues una etapa próspera para el moblaje, reflejo de la diversidad de tipos de muebles, estilos, técnicas, materiales, casas productoras y expendedoras que se desarrollaron en torno a esta expresión de la cultura material.

NOTAS

¹ Los tres museos citados de inicio se encuentran en La Habana Vieja, Cuba, en las siguientes direcciones: calle San Ignacio, no. 61, Plaza de la Catedral, calle Tacón, no. 1 e/ Obispo y O'Reilly, Plaza de Armas, y calle Obra Pía, no. 158 e/ Mercaderes y San Ignacio, respectivamente. El Museo Municipal de Guanabacoa

está ubicado en las afueras de la ciudad en calle Martí, no. 108 esq. a Versalles, Guanabacoa, La Habana, Cuba.

² La visión general sobre el mueble en Cuba, aportada por Anita Arroyo en 1943, marcó el inicio de un rubro investigativo que en la Isla se enriquece paulatinamente con las aproximaciones ofrecidas por estudiosos apasionados del mobiliario. Pueden citarse, entre otros investigadores a: Francisco Prat Puig y Aida Morales Tejeda en la región santiaguera; el mobiliario en Sancti Spíritus ha sido estudiado por Carlos Enrique Sotolongo, Javier León Valdés y José A. Rodríguez Ávila; de Cienfuegos se destaca la autora Lilia Martín Brito; y en el contexto habanero, con enfoques generalizadores o miradas puntuales sobre algún estilo o período, han ofrecido sus consideraciones Margarita Suárez, Ernesto Cardet Villegas, también la investigadora Moraima Clavijo, Elena Otero de Armas, la historiadora Rosalía Oliva, y las profesoras Omara Ruiz y Lianelis Rosario Fernández. Entre los estudiosos foráneos que se han interesado por este aspecto de la cultura material en Cuba se encuentra el norteamericano Michael Connors, redactor de varios artículos sobre el tema.

³ MARTÍN, Lilia y HERNÁNDEZ, Kenia, “Muebles y mueblerías en Cienfuegos (Cuba), el tránsito entre dos siglos”, en *Res Mobilis*, Vol. 5, no. 5, Oviedo, 2016, pp. 120-134. Otro de los textos de la Dra. Lilia Martín publicados en esta revista es: MARTÍN, Lilia, “El mueble de los siglos XVI y XVII en Cuba”, en *Res Mobilis*, Vol. 5, no. 6 (I), Oviedo, 2016, pp. 56-75.

⁴ A continuación se refieren especialistas que fueron entrevistados para el desarrollo de la investigación: Margarita Suárez, directora de Museos de la Oficina del Historiador de La Habana (OHC); Yamil García Corrales, restaurador del Taller de Carpintería de la OHC; Javier León, profesor y restaurador de muebles del Instituto Superior de Arte; Lilia Martín, profesora de la Universidad de Cienfuegos; Omara Ruiz y Lianelis Fernández, profesoras del Instituto Superior de Diseño en La Habana.

⁵ DE LA TORRE, José María, *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*, Habana: Imprenta de Spencer y Compañía, 1857, pp. 21-22.

⁶ VIVES, Francisco, *Cuadro estadístico de la Siempre fiel Isla de Cuba correspondiente al año de 1827*. Habana: Imprenta de las viudas de Arazoza y Soler, 1829, s.p.

⁷ ROIG DE LEUCHSENDRING, Emilio, *La Habana: apuntes históricos Vol. 1*. Editora del Consejo Nacional de Cultura, 1963, s.p.

⁸ VIVES, Francisco, *Cuadro estadístico de la Siempre fiel Isla de Cuba correspondiente al año de 1827*. Habana: Imprenta de las viudas de Arazoza y Soler, 1829, s.p.

⁹ O'DONNELL, Leopoldo, *Cuadro estadístico de la Siempre fiel Isla de Cuba correspondiente al año de 1846*. Habana: Imprenta del Gobierno y Capitanía General, 1847, p. 56.

¹⁰ CENTRO DE ESTADÍSTICAS, *Noticias Estadísticas de la Isla de Cuba, en 1862*. Habana: Imprenta del Gobierno, Capitanía General y Real Hacienda, 1864, s.p.

¹¹ Para mayor información sobre arquitectura en La Habana durante la etapa colonial, pueden consultarse los siguientes textos: WEISS, Joaquín, *La Arquitectura Colonial Cubana: siglos XVI al XIX*, La Habana, Letras Cubanas/ Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2002, pp. 1-511; VENEGAS, Carlos, “La vivienda colonial habanera”, en *Arquitectura y urbanismo*, Vol. 23, no. 2, La Habana, 2002, pp. 14-31; y MENÉNDEZ, Madeline, *La casa habanera. Tipología de la arquitectura doméstica en el Centro Histórico*. La Habana: Ediciones Boloña, 2007, pp. 1-110.

¹² Entre los documentos que exponen la evolución del mobiliario desde los primeros siglos de la Colonia en Cuba hasta las postrimerías del XIX se encuentran: CLAVIJO, Moraima, “El mueble en la Cuba colonial”, en *Revolución y Cultura*, no. 5, Ciudad de La Habana, mayo de 1988, pp. 8-15; y SUÁREZ, Margarita y RODRÍGUEZ, Severino, “Alas de caoba”, en *Opus Habana*, Vol. 2, no. 1, 1998, pp. 40-49.

¹³ ARROYO, Anita, “La Madera”, en *Las artes industriales en Cuba. Su historia y evolución desde las culturas precolombinas hasta nuestros días*. La Habana: Cultural S. A., 1943, pp. 161-164.

¹⁴ Respecto a las diversas acepciones del término pueden consultarse materiales como: GRUPO MOBILA, *Glosario de carpintería y ebanistería para Escuelas Taller*, Servef – Paterna – Valencia, 2006, s.p.; RODRÍGUEZ BERNIS, Sofía, *Diccionario de Mobiliario*. España: Secretaría General Técnica, 2006, p. 181; y LÓPEZ, Mercedes, TRUJILLO, Carmen y SUÁREZ, Margarita, *Ambientaciones y costumbres del siglo XIX*, s.f., pp. 11-12. (Material inédito).

¹⁵ CONNORS, Michael, “Cómodas de sacristía: un acercamiento al mueble colonial cubano del siglo XVIII”, en *Opus Habana*, Vol. 8, no. 2, 2004, pp. 22-31.

¹⁶ En la literatura de viajes de la época se registra la referencia a este tipo de muebles en textos como: *La Perla de las Antillas. Un artista en Cuba*, de Walter Goodman, y *La Isla de Cuba* de Hippolyte Piron.

¹⁷ Se conoce sobre el mobiliario que en muchos casos eran objetos que ingresaban al matrimonio tanto las mujeres como los hombres y luego pasaban en herencia a familiares o seres queridos. En el caso de los dormitorios, los hábitos maritales tienen su expresión en los muebles que conforman estos espacios. Así, varios juegos de dormitorio solían estar integrados por una sola mesita de noche, pues era costumbre, en los cónyuges de altos recursos económicos, dormir en recámaras separadas. Sobre estas mesitas solían ubicarse objetos de utilidad para hombres y mujeres durante la noche, como las campanillas para llamar a la servidumbre en caso necesario, un vaso cubierto con agua, palmatorias o candeleros para el alumbrado, y el bañín u orinal de primera necesidad. Pese a la existencia de estos utensilios comunes, la concepción de las habitaciones separadas implicaba la producción de muebles de carácter femenino o masculino vinculados a distintas áreas para el reposo. Sobre el tema se puede consultar: CARRILLO ÁLVAREZ, Indira, *El mueble en el dormitorio de las altas clases sociales habaneras del siglo XIX a través de colecciones museales* (tesis de maestría), Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana – Universidad de La Habana, 2019, pp. 1-132.

¹⁸ Este mueble aparece referido en fuentes diversas como: ROSA, Don Antonio de la, *Tasación [sic] de muebles y esclavos*, 31 de agosto de 1822; JAMESON, Francis Robert, *Letters from The Havana during the year 1820*, London, printed for John Miller, 1821, pp. 1-135; y VILLAVERDE, Cirilo, *Cecilia Valdés*. La Habana: Letras Cubanas, 2005, pp. 1-556.

¹⁹ EGUREN, Gustavo, *La fidelísima Habana*. La Habana: Letras Cubanas, 1986, p. 198.

²⁰ VILLAVERDE, Cirilo, *Cecilia Valdés*. La Habana: Letras Cubanas, 2005, p. 71.

²¹ Para mayor información sobre las particularidades del estilo Imperio en Cuba, consultar FERNÁNDEZ XUÁREZ, Lianelis, *Elementos de origen foráneo y aportaciones locales en el mobiliario de estilo Imperio de la sala cubana decimonónica* (tesis de pregrado). Instituto Superior de Diseño – Universidad de La Habana, 2017, pp. 1-114.

²² FERNÁNDEZ XUÁREZ, Lianelis, *Elementos de origen foráneo y aportaciones locales*, cit., pp. 1-114.

²³ ARONSON, Joseph, *Enciclopedia gráfica del mueble y la decoración*. Buenos Aires: Centurión, 1948, pp. 91-94.

²⁴ LEÓN VALDÉS, Javier, *El mueble Medallón en Cuba (1830- 1870): un estudio de caso en Sancti Spíritus* (tesis de maestría). La Habana: Universidad de las Artes, Centro de Estudios Conservación, Restauración y Museología, 2016, p. 37.

²⁵ Estos tres patrones fueron identificados por el investigador Javier León en un estudio de caso. No obstante, se estima muy probable que se reiteren estas variantes en numerosos muebles Medallón existentes en Cuba por las similitudes en cuanto a técnicas y materiales. En relación con los muebles Medallón, puede consultarse la siguiente investigación: LEÓN VALDÉS, Javier, *El mueble Medallón en Cuba (1830- 1870): un estudio de caso en Sancti Spíritus* (tesis de maestría). La Habana: Universidad de las Artes, Centro de Estudios Conservación, Restauración y Museología, 2016, pp. 1-109.

²⁶ OTERO DE ARMAS, Elena, *El juego de sala en la Cuba republicana*. Ciudad de La Habana: Gente Nueva, 1985, p. 12-14.

²⁷ En el caso habanero, el Museo Municipal de Guanabacoa exhibe tres espacios ambientados con juegos de mueble Perilla para sala, comedor y dormitorio, donados por habitantes locales o recuperados cuando se fundó el museo en 1964. Todos estos exponentes permiten apreciar la variedad de tipos que integraban estos conjuntos.

²⁸ ARONSON, Joseph, *Enciclopedia gráfica del mueble y la decoración*. Buenos Aires: Centurión, 1948, pp. 204-205.

²⁹ En La Habana, estas piezas se encuentran en las siguientes instituciones: Museo de la Ciudad, Museo de Arte Colonial, Museo Municipal de Guanabacoa y el Museo Nacional de Artes Decorativas, sito en calle 17, no. 502 esq. a D, Vedado, Plaza de la Revolución.

³⁰ VÁZQUEZ DÍAZ, Ramón y CARDET VILLEGAS, Ernesto, “Apuntes sobre el mueble en la seudorepública”, en *II Encuentro Nacional de Investigadores de Museos*. Ciudad de La Habana, 1986, p. 26.

Fecha de recepción: 15 de octubre de 2019

Fecha de revisión: 22 de noviembre de 2019

Fecha de aceptación: 9 de enero de 2019